

“Consciente, comprometido y responsable”: Futuros profesionales, educación superior y valores sociales

Michael C. McCarthy, SJ

Universidad de Fordham, Nueva York
E-mail: mmccarthsj@fordham.edu

Recibido: 24 de junio de 2019

Aceptado: 12 de julio de 2019

RESUMEN: El presente artículo plantea la conveniencia y la necesidad de la educación en valores en el ámbito de la educación superior. Para realizar esta misión, las universidades no deben comprenderse sólo como organizaciones, sino también como instituciones que infunden en sus entornos valores que van más allá de los requisitos técnicos de la tarea que les ocupa. Esta visión es acorde con la tradición educativa jesuita, que ha sido actualizada al identificarse cuatro objetivos finales: utilidad, justicia, humanidad y fe.

PALABRAS CLAVE: Educación jesuita; valores; tecnología; institucionalización.

“Conscious, committed and responsible”: Professional futures, higher education and social values

ABSTRACT: This article raises the desirability and necessity of values in the field of higher education. In order to accomplish this mission, universities should not only be understood as organizations, but also as institutions that infuse into their environments values that go beyond the technical requirements of the task at hand. This vision is in line with the Jesuit educational tradition, which has been updated by identifying four final objectives: utility, justice, humanity and faith.

KEYWORDS: Jesuit education; values; technology; institutionalization.

1. **Introducción:
Organizaciones,
instituciones y valores**¹

No hace mucho tiempo conocí la obra clásica de Philip Selznick, un eminente profesor de sociología de la Universidad de California en Berkeley. En un importante estudio sobre el liderazgo administrativo, Selznick hace una distinción analítica entre “organizaciones” e “instituciones”. Aunque muchas organizaciones se convierten en instituciones, y aunque todas las instituciones reflejan algún tipo de estructura organizativa, Selznick ofrece un análisis que me parece útil a la hora de discutir el papel de las universidades en la sociedad².

Lo que Selznick llama una *organización* tiene objetivos muy específicos: la producción, por ejemplo, de una lavadora o la financiación de préstamos, o una aplicación en tu iPhone que te puede encontrar una habitación de hotel esta noche. Una “organización”, dice, es un “sistema de actividades coordinadas conscientemente”. Lo que él llama una *institución*, por otro lado, es “un producto natu-

ral de las necesidades sociales”. Más que un “instrumento racional diseñado para hacer un trabajo”, una institución responde y se adapta a los seres humanos que hacen ese trabajo o que se benefician de él en un contexto social real. Institucionalizar, en otras palabras, es “infundir valor más allá de los requisitos técnicos de la tarea en cuestión”.

Permítanme que lo repita: *las instituciones infunden en sus entornos valores que van más allá de los requisitos técnicos de la tarea que nos ocupa*. Selznick señala que las “organizaciones puras” raramente existen. Se encuentran organizaciones bastante diferentes en diferentes puntos de un espectro de institucionalización. En general, las empresas tienden hacia el extremo organizativo del espectro. Tienen objetivos más precisos y líneas de productos bien definidas; se espera que funcionen con eficiencia; su vida útil suele ser más corta que la de otras instituciones sociales. Dirigir un negocio requiere las habilidades de gestión administrativa. Las universidades, en cambio, se encuentran en el extremo más institucional del espectro. Tienen objetivos que son más difíciles de definir con precisión, y sus operaciones son más pluriformes. Debido a que promueven un conjunto más profundo de valores sociales, las universidades suelen durar más

¹ Conferencia pronunciada en ESADE-FORUM, en el 60 aniversario de ESADE, Barcelona (3 de junio de 2019).

² P. SEZNICK, *Leadership in Administration: A Sociological Interpretation*, University of California Press, Berkeley 1984.

tiempo que la mayoría de las empresas. Además, el líder institucional eficaz no es simplemente un buen administrador, sino que es ante todo un experto en la promoción y protección de los valores.

A nivel general, esta distinción analítica entre “organizaciones” e “instituciones” puede ser útil a la hora de considerar cómo las universidades ayudan a lograr el objetivo de formar a los futuros profesionales para que sean conscientes, comprometidos y responsables. Como instituciones, las universidades infunden en su contexto valores que van más allá de los requisitos técnicos de la tarea en cuestión, y ESADE presenta un caso ejemplar en este sentido. Por ejemplo, la declaración de objetivos (*mission statement*) de ESADE declara el claro propósito de formar a profesionales en el ámbito empresarial y jurídico. Pero lo hace con la intención explícita de “construir una sociedad global más humana, es decir, una sociedad más justa, solidaria, sostenible y respetuosa de las diferencias”³.

En el impresionante y reflexivo marco de orientación del modelo educativo de ESADE, se habla de valores que “impregnan el mapa de competencias”. “El marco

nombra cuatro conjuntos de valores: primero, los valores de la profesionalidad; segundo, los valores de la justicia (o valores éticos, sociales, cívicos y políticos); tercero, los valores de la calidad humana; y cuarto, los valores de la vida interior del individuo, ya sea que se expresen en términos religiosos o no religiosos. Esta gama de valores refleja claramente la tradición educativa de los jesuitas. En la primera década del siglo XXI una federación colaborativa de centros universitarios vinculados a la Compañía de Jesús en España (UNIJES) planteó un excelente plan, llamado “Modelo Ledesma-Kolvenbach”. Sostuvo que la educación superior en la tradición jesuita tenía cuatro objetivos finales: *utilitas, iustitia, humanitas y fides*⁴. Siento una gran admiración por la calidad integral de este paradigma.

Sin embargo, a medida que nos acercamos al final de la segunda década del siglo XXI, algunos de estos objetivos pueden no ser obvios para todos. Desde el punto de vista estrictamente organizativo de Selznick, pueden parecer superfluos. ¿Qué interés, por ejemplo, tendría un estudiante de finanzas internacionales en asistir a una institución académica que enfatiza el valor de la vida

³ <https://www.esade.edu/en/about-us/what-is-ESADE/our-values>

⁴ M. AGÚNDEZ, S.J., «El paradigma universitario Ledesma-Kolvenbach», *Revista de Fomento Social* 63 (2008), 604-605.

interior? ¿Es eso necesario? En mi universidad de Nueva York, todos los estudiantes que completan un título de grado deben tomar más de un año completo de cursos fuera de su especialidad. Incluyen clases de ética y filosofía de la naturaleza humana, clases sobre textos sagrados y la complementariedad de la fe y el razonamiento crítico. Los estudiantes deben incluso tomar un curso en un segundo idioma, además del inglés. A menos que sean especialistas en humanidades, muchos estudiantes nuevos se quejan de la obligación de tomar tales cursos. Y debido a que el precio de una educación en Fordham es de más de \$52,000 *al año*, ¡algunos protestan porque tienen que pagar por algo que no quieren!

Obviamente, tanto las prácticas disciplinarias como las fiscales de la educación superior son diferentes en España y en los Estados Unidos. Pero la economía plantea un punto importante. ¡El precio de una educación en valores es a menudo bastante alto! Tampoco existe una voluntad universal de pagar el precio. Una vez más, en mi país el apoyo estatal a la educación superior ha disminuido en los últimos años, y se ha hecho hincapié en lo que el modelo Ledesma-Kolvenbach llama *utilitas*: preparar a los estudiantes para trabajar en el mercado actual. La prestigiosa Universidad de California en

Berkeley, por ejemplo, donde Philip Selznick tuvo una distinguida carrera en sociología, es un excelente ejemplo. Cuando Selznick comenzó su carrera, el Estado de California cubría más del 50% del presupuesto operativo anual de la universidad; hoy en día sólo alrededor del 13% del presupuesto de la UC Berkeley proviene del Estado de California⁵.

2. Educación en Valores

Podríamos hacer la pregunta de una manera provocativa, pero muy literal. *¿Cuál es el valor de los valores?* ¿O qué significa educar en valores? ¿Y por qué es importante educar en valores? O, usando el paradigma de UNIJES, podríamos preguntar más específicamente: Aparte de *utilitas* (la dimensión práctica de la educación superior), ¿por qué las sociedades deberían invertir tanto en las universidades como lugares que cultivan *iustitia*, *humanitas* y *fides*?

La respuesta evidente debería ser que tales valores contribuyen a una sociedad mejor. Al menos de donde yo vengo, no todo el mundo cree eso. La inversión en la educación superior para el bien común de la sociedad exige creer

⁵ <https://calparents.berkeley.edu/the-funding-conundrum-cals-dwindling-state-support/>

en bienes que no pueden reducirse al disfrute privado de los individuos. A la novelista Marilynne Robinson le preocupa que instituciones como las universidades hayan perdido su influencia en la vida pública. “Ha habido un cambio fundamental en la conciencia estadounidense”, escribe. “El ciudadano se ha convertido en el contribuyente”⁶. Mientras que las personas que se imaginan como ciudadanos tienen nobles aspiraciones para la sociedad en su conjunto, las personas sólo *lamentan* ser contribuyentes. Tal vez sea un fenómeno norteamericano, pero la confianza en las instituciones que pretenden servir al “bien común” se ha deteriorado. Y, sin embargo, si no hay bien común, no hay sociedad⁷. La sociedad no sólo depende de los valores compartidos, de lo que nos debemos mutuamente, sino que muy pocos valores son estrictamente privados.

Para los fines de nuestra discusión, una buena definición de trabajo de los valores puede ser la siguiente: *los valores son creencias básicas y fundamentales que motivan*

*actitudes y acciones, nos ayudan a determinar lo que es importante e indican el tipo de personas que queremos ser*⁸. Sin embargo, los valores rara vez, o nunca, aparecen *ex nihilo*. Las creencias fundamentales que motivan a una persona a menudo se aprenden y asimilan de los demás y del entorno. Debido a que los valores se aprenden, ya sea intencionalmente o no, los entornos educativos tienen una enorme influencia en lo que nuestros estudiantes se convierten.

A veces los valores son tácitos y asumidos. Pero es mejor cuando se nombran y se discuten, se comparten y se debaten, se confirman y se disputan. Inevitablemente, podemos encontrarnos en posiciones donde hay conflictos de valores, ya sea dentro de un individuo o en una comunidad. Por lo tanto, para que la vida en una sociedad sea posible, mucho menos deseable, necesitamos construir la capacidad no sólo de reflexionar consciente e intencionalmente sobre nuestros valores personales, sino también de discutirlos de manera que reflejen el discernimiento y la disciplina. Históricamente, las universidades son instituciones en las que se llevan a cabo conversaciones sólidas a gran escala y se contraen compromisos. En ese contexto, los futuros profesiona-

⁶ MARILYNNE ROBINSON, “The American Scholar Now,” en *What Are We Doing Here?*, Farrar, Straus y Giroux, Nueva York 2018, 84.

⁷ Véase el ensayo del ex secretario de Trabajo de Estados Unidos, Robert Reich, *The Common Good* (Nueva York: Knopf, 2018) 18.

⁸ Adaptado de <https://www.ethicssage.com/2018/08/what-are-values.html>

les aumentan su capacidad para afrontar los retos de su tiempo de forma “consciente, comprometida y responsable”.

He defendido la importancia social de la reflexión consciente e intencional sobre los valores, así como de la discusión que manifiesta disciplina y discernimiento. Permítanme ofrecer un ejemplo oportuno de por qué estas cualidades son importantes. Aunque nací y crecí en San Francisco y pasé los primeros quince años de mi vida profesional en la Universidad de Santa Clara, la Universidad Jesuita de Silicon Valley, como muchas personas, he visto cómo los desarrollos tecnológicos afectan a valores sociales más amplios. Más recientemente he sido testigo de cómo pueden influir en las elecciones nacionales. Aunque las tecnologías digitales han aportado grandes beneficios en prácticamente todos los campos, incluida la educación superior, cada vez somos más conscientes de los aspectos más oscuros.

En 2013, Tristan Harris, antiguo diseñador de Google, cofundó el Center for Humane Technology. Basado en la convicción de que las plataformas tecnológicas han explotado a menudo las vulnerabilidades humanas, la misión de este centro es “realinear la tecnología con la humanidad”. (Tenga en cuenta que esta declaración de

objetivos no explica lo que se entiende por “humanidad”). El problema, como se afirma en su sitio web, es que: “Mientras las compañías han estado actualizando la tecnología, han estado degradando a los humanos.” Los resultados incluyen “Acortar la capacidad de atención, recompensar la indignación por el diálogo, volver adictos [a los usuarios], romper el proceso democrático, [y] convertir la vida en una competencia por los gustos y las acciones”⁹. Para combatir estos problemas, Harris y sus colegas abogan por una nueva generación de tecnología: “Ayúdanos a concentrarnos, a construir un terreno común, a apoyar la democracia, a proteger el desarrollo de [los jóvenes y] a alinear nuestras vidas con nuestros valores”¹⁰.

Aunque proviene de la industria tecnológica, que tanta influencia tiene en nuestros tiempos, defiende la prioridad de una comprensión más profunda de los valores humanos como control sobre el desarrollo tecnológico. Tristan Harris nunca (creo) asistió a una universidad jesuita. Pero, a su manera, está haciendo un fuerte llamamiento a lo que la educación jesuita siempre ha hecho a lo largo de sus casi 500 años de tradición. Y aunque no sepa latín, está

⁹ Sobre estos «problemas», véase <https://humanetech.com/problem/>

¹⁰ <https://humanetech.com/>

argumentando que además de *utilitas*, incluso una industria tan innovadora como la de la alta tecnología necesita observar los valores de la *iustitia*, la *humanitas* y la *fides*. ¿Cómo *fides*? Escribe mucho sobre el concepto de “tiempo bien empleado”, que incluye prácticas para cultivar la vida interior. “La atención de la gente es sagrada”¹¹, dice. Y al hacer esa afirmación se hace eco de escritores espirituales de muchas tradiciones, desde los estoicos hasta el Orígenes de Alejandría, para quienes la atención (*prosoche*) era la clave para la comprensión espiritual¹². El cultivo de la atención era uno de los objetivos clave de la meditación entre los antiguos ascetas, y su popularidad actual entre los ejecutivos de Silicon Valley ha sido bien conocida en la prensa¹³.

La revista WIRED observa que a Tristan Harris se le llama a menudo *la conciencia de Silicon Valley*¹⁴. “Pero la alarma saltó unos años *después* del mensaje del ex Superior General de los jesuitas,

Adolfo Nicolás¹⁵. En su famoso discurso de 2010 en la Ciudad de México a los líderes de las instituciones jesuitas de educación superior, Nicolás acuñó la expresión “globalización de la superficialidad” para describir una condición que afecta a los jóvenes de todo el mundo. Instó a las universidades asociadas con la Compañía de Jesús a promover la “profundidad del pensamiento y la imaginación”. Esto por sí solo contrarrestaría las tendencias que señaló. Casi diez años después, en 2019, Nicolás parece especialmente clarividente. La ruptura de la verdad, las polarizaciones ideológicas y económicas que llevan a la manipulación política, la preocupación por la salud mental –que incluyen la adicción digital, el creciente aislamiento y la consiguiente fractura de comunidades– son fenómenos que hemos visto con más frecuencia desde el discurso del P. Nicolás.

Una vez más, una universidad sirve al bien común al promover la reflexión consciente e intencional sobre los valores y al modelar la disciplina y el discernimiento en las conversaciones sobre los valores. Además, se toma en serio lo que Ignacio

¹¹ <http://www.tristanharris.com/tag/time-well-spent/>

¹² Cf. P. HADOT, *La filosofía como forma de vida*, Oxford 1995, 131-132.

¹³ <https://www.businessinsider.com/effects-meditation-brain-changes-health-science-2017-8>

¹⁴ Cf. <https://www.wired.com/2013/06/meditation-mindfulness-silicon-valley/>

¹⁵ A. NICHOLAS, S.J. «Ministerio de Profundidad, Universalidad y Aprendizaje: Desafíos para la Educación Superior Jesuita Hoy» (2010).

Ellacuria, el asesinado rector de la Universidad de Centroamérica en El Salvador, dijo hace muchos años: que una universidad es inevitablemente una fuerza social¹⁶. Cuando plantea desafíos cruciales de nuestro tiempo (como el cambio climático, la migración, el racismo, la desigualdad de género, por nombrar sólo algunos) y fomenta la reflexión, una universidad promueve la causa de la justicia al formar la conciencia de los futuros líderes. Las facultades de las universidades deben tener cuidado de no adoctrinar a nuestros estudiantes. El respeto de su propia libertad de investigación es primordial. Pero como dice claramente el “Marco de Orientación” de ESADE, “el conocimiento no es neutro”. Más bien (como usted afirma): “Las universidades deben ser espacios de debate sobre las cuestiones fundamentales que preocupan a las personas y a la comunidad humana en los ám-

¹⁶ I. ELLACURIA, S.J., “Discurso de apertura de la Universidad de Santa Clara” (1982): <https://www.scu.edu/ic/programs/ignatian-tradition-offerings/stories/ignacio-ellacuria-sjs-june-1982-commencement-address-santa-clara-university.html> Véase también mi propia solicitud en el contexto norteamericano, «A University is a Social Force», *Crónica de la Educación Superior* (noviembre de 2014) <https://www.chronicle.com/blogs/conversation/2014/11/07/a-university-is-a-social-force/>

bitos de la economía, la política, la cultura, la ciencia, la teología y la búsqueda de sentido”.

3. Pedagogías de Desarrollo Personal para la Responsabilidad Pública

Si las instituciones infunden en sus entornos valores que van más allá de los requisitos técnicos, los jesuitas siempre han infundido en sus instituciones de enseñanza superior un énfasis constante en el desarrollo personal de los jóvenes. Pero ese desarrollo siempre avanza hacia la responsabilidad pública. El historiador John O’Malley escribe que un texto antiguo que los jesuitas hacían leer constantemente a los estudiantes en sus primeras escuelas era el del orador romano del siglo I, Cicerón, *De Officiis*. Vale la pena citarlo detenidamente:

No nacemos para nosotros mismos [...] Nosotros como seres humanos nacemos por el bien de otros seres humanos, para que podamos ayudarnos mutuamente. Por lo tanto, debemos contribuir al bien común de la humanidad mediante actos recíprocos de bondad, dando y recibiendo unos de otros, y así, con nuestra habilidad, nuestra industria y nuestros talentos, trabajar para unir a la sociedad humana en paz y armonía (1.7.22).

Los deberes prescritos por la justicia deben tener prioridad sobre todo lo demás, incluida la búsqueda del conocimiento, ya que tales deberes conciernen al bienestar de otros seres humanos, y nada debe ser más sagrado a nuestros ojos que eso. Hay algunas personas que, ya sea a través de la absorción con su propio avance o a través de alguna otra frialdad más básica hacia los demás, afirman que todo lo que necesitan hacer es ocuparse de sus propios asuntos, y por lo tanto parecen no estar haciendo ningún daño. Pero esto significa que mientras evitan cualquier injusticia activa, caen en otra: se convierten en traidores a la vida que todos debemos vivir juntos en la sociedad humana, porque no contribuyen a ella ni con su interés, ni con su esfuerzo, ni con sus medios (1.9.29).

Para Cicerón, lo importante era el Ciudadano, no el Contribuyente. Aquí hay un fuerte reclamo moral: uno tiene el deber natural de promover el bienestar de los demás, y ese deber sigue siendo preeminente. Además, la comprensión de Cicerón de la persona humana es distintiva. Una persona no es un átomo altamente individualista: de hecho, “no nacemos para nosotros mismos”. Las palabras de este romano precristiano son fuertes, pero tienen un eco claro en el famoso discurso del Superior General Jesuita del siglo xx, Pedro

Arrupe, quien insistió en una educación que forme a los estudiantes para que sean “personas para los demás”.

Sé que discutiremos con los estudiantes cuáles son algunos de los valores fundamentales que deben perseguirse, así como cuáles son las asignaturas y pedagogías importantes que deben emplearse hoy en día. Obviamente, no estoy en condiciones de prescribir lo que es mejor en su contexto. Pero, en términos generales, abogo por la importancia de *promover las pedagogías del desarrollo personal para la responsabilidad pública*. En los últimos años he pasado mucho tiempo tratando de desarrollar programas de lo que llamamos “aprendizaje comprometido con la comunidad”, y me encantaría hablar de ello. Creo, sin embargo, que virtualmente cualquier materia o programa académico puede ser dirigido hacia el desarrollo personal de nuestros estudiantes para la responsabilidad pública. Lo que es central no es sólo que los miembros de la facultad y los administradores estén comprometidos con la meta de cultivar en los estudiantes un sólido sentido de agencia. También necesitan poder hablar de ello de una manera intencional y reflexiva.

A lo largo de mi tiempo de trabajo en las universidades, a menudo he encontrado a algunos colegas

del profesorado tímidos a la hora de hablar de valores. Y con demasiada frecuencia, por ser jesuita, estoy llamado a hablar de los valores educativos de la universidad, como si sólo los jesuitas fueran capaces de hacerlo. El título de mi cargo actual en Fordham, Vicepresidente de *Integración y Planificación de la Misión*, presupone que *todo el mundo* es dueño de la misión. Nuestra misión tiene que estar integrada en *todo lo que hacemos*: no es sólo asunto de los pocos jesuitas de la zona. Pero para ello debemos planificar vías para que los colegas comprendan y articulen cómo pueden contribuir a esa misión de maneras que sean apropiadas para ellos.

Lo que más necesitan los colegas de la facultad, me parece, es simplemente la oportunidad de discutir cómo su campo particular contribuye a la misión del conjunto. En segundo lugar, necesitan el apoyo para llevarla a cabo.

Y tercero, necesitan una comunidad que pueda sostenerlos en sus esfuerzos. El lenguaje da forma a la realidad, y encontrar un lenguaje suficiente para los complejos problemas educativos a los que nos enfrentamos es una tarea importante. Pero un lenguaje común -que tenga la profundidad y la textura para abordar nuestros múltiples compromisos- también es necesario para el desarrollo de una comunidad sostenible.

Por estas razones estoy muy contento de tener la oportunidad de hablar con ustedes sobre su propio sentido de misión y valores. Estoy ansioso por escuchar cómo éstas guían sus propias innovaciones educativas y sociales. Y estoy dispuesto a aprender cómo podemos ejercer juntos el liderazgo institucional, cuya función principal (como dice Selznick) es la promoción y protección de los valores comunes. ■